

las virtudes las que nos alimentan en la vida del espíritu, es, precisamente, con las virtudes que se fortifica esta gracia; y si entre las virtudes la del santo amor á Dios es la mayor y la más nutritiva, al santo amor á Dios nos dirige esta gracia continuamente. Recordad que el pueblo Hebreo, libre ya del yugo de Faraon, mientras anduvo por el desierto, no solo fué protegido por una doble columna de sombra y de luz, sino también saciado de cristalinas aguas y alimentado con un prodigioso maná. Del propio modo nosotros, que andamos por el desierto de esta vida, tenemos necesidad de ser socorridos y alimentados durante el camino, por cuyo motivo se nos ha dado á María, columna que nos defiende, y agua que nos sostiene. El agua del desierto restauraba las fuerzas á todos aquellos que se fatigaban para llegar á la tierra de promision; y la gracia de María las restaura á cuantos se fatigan para alcanzar el Paraíso. El agua del desierto infundía valor á los Israelitas cuando debían combatir con sus enemigos; y la gracia de María infunde valor á sus devotos para vencer los impetuosos asaltos con que los embisten los espíritus del abismo. En una palabra; el agua del desierto conservaba la vida de los Hebreos; y la gracia de María conserva la vida espiritual de aquellos, que no quieren vivir por más tiempo con el corazón y con los afectos en medio del mundo, y desean ardientemente vivir con el corazón y con los afectos en el seno de Dios.

Y María nos concederá esta gracia y experimentaremos sus benéficos efectos. Acerquémonos, pues, cualquiera que sea nuestra miseria, á esta fuente de aguas cristalinas y saludables, á esta fuente tan abundante de gracias, que basta ella sola para saciar á todos los hombres. Pidámosle que, manantial de aguas vivas, riegue el valle de espinas, ó convierta nuestros corazones, y haga florecer en ellos todas las virtudes. Digámosla, que si la fuente primera puso sus complacencias en establecer en Ella los dichosos corales de las aguas espirituales, no tarde en fecundizar la árida tierra de nuestra morada, para que florezca cual otro Edén. Digámosla, que cuando la invocamos con el título de Nuestra Señora de las Aguas queremos significar, que es la Madre de las gracias, y que esperamos de Ella todos aquellos beneficios que el agua lleva al terreno seco, y todas aquellas gracias que nos conducirán al Paraíso.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ALEGRÍAS.

Consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.

Sus consuelos llenaron de alegría á mi alma.

(SALM. XIV, 19.)

No cabe duda: María fué muy afligida durante su vida. ¿Y quién podría ponderar el dolor que sufrió cuando Simeon le predijo la espada de dolor, que en el sacrificio á que se había sometido el Hijo le traspasaría acerbamente el alma? ¿Quién podría expresar sus terribles aprehensiones cuando corría á Egipto para salvar á su Hijo de la feroz persecucion de Herodes? ¿Quién podría referir cuántos fueron los amarguísimos latidos de su corazón cuando, extraviado Jesús, tardó tres días en hallarle? ¿Qué colores podrían pintar, ó qué frases describir sus tormentos, ya cuando llegó á sus oídos la sentencia pronunciada contra su Hijo, ya cuando le encontró extenuado, moribundo y desangrado por el camino del Calvario, y aún más, cuando le vió pendiente de la Cruz?

Como no pueda caber duda acerca de los dolores de María, y de las continuas angustias que oprimieron su corazón, tampoco puede negarse que, de vez en cuando, experimentó tales alegrías, que podrían considerarse como una compensacion á los mismos dolores con que se vió afligida y á las mismas angustias que la atormentaron. Y esta razon fué, precisamente, la que movió al pueblo devoto á celebrar una fiesta consagrada á la memoria de los consuelos experimentados por la Virgen en el tiempo de su peregrinacion por la tierra. Por eso, los que la compadecieron en sus penas, quisieron considerarla en sus alegrías; y así como la acompañaron en las horas de desolacion, desearon asimismo acompañarla con sus pensamientos y con sus afectos en los días de su santa felicidad.

¡Ojalá pudiera yo en este día, dedicado á Nuestra Señora de las

Alegrías, mostrároslo sosteniendo en sus brazos al caro fruto de sus entrañas y de su más ardiente ternura! Contempladla, diría entón-ces, vedla con el alma en los ojos abrazar tiernamente al Hijo; miradla como contempla con un éxtasis de júbilo á aquel Niño; y entre besos y caricias del infante Jesús, observad su suavidad y ternura, las llamas y los ardores, los deliquios y los incendios. Este cuadro único y nuevo formaría por si solo con caractéres de oro el más sublime de los elogios, y en su muda elocuencia os mostraría lo que significa la fiesta de Nuestra Señora de las Alegrías. Como quiera que sea, para no defraudar vuestra devocion, os hablaré de aquellos momentos felicísimos que alegraron á María en el curso de su vida. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La primera alegría la experimentó María en el nacimiento de Jesús. Ella suspiraba por este momento felicísimo, puesto que amando al género humano, deseaba que naciese el deseado Emanuel. Ella esperaba con ansia este día, ya que amando á Dios, anhelaba que se presentase vestido en carne humana para desahogar en Él su reverente y ardiente devocion.

Y en cuanto al amor que sentía por nosotros, nadie podrá negarme que fué el más perfecto por lo que mira á nuestros intereses espirituales. Por consiguiente debemos decir, que con voces más afectuosas que las de los Profetas, y con suspiros más ardientes que los de los Patriarcas, apresuraba la venida del Señor. Ahora bien; ¿cuál no debió ser su alegría cuando se verificó la misericordia prometida á los antiguos padres, y nació de Ella el consuelo de los afligidos, el auxilio de los pobres, la fortaleza de los débiles, el asilo de los pecadores, el Salvador del mundo? Si me fuese dado, hermanos míos, indicaros cuales fueron las amorosas impacencias de esta Doncella cuando pedía á los Cielos que derramasen el saludable rocío, no tendría necesidad de muchas palabras para daros á conocer, hasta que grado de gozo alegró su corazón al ver que los Cielos habían derramado este saludable rocío. Diré, pues, que siendo el amor una pasión que mueve al amante á desear el bien de la persona amada, ya que María nos amaba en extremo y nuestro bien verdadero y sumo era Jesús, Ella debía invocarle con tiernos y ardentísimos votos, y, por consiguiente, alegrarse por su nacimiento con santo y estático júbilo.

Y debía alegrarse con tanto mayor motivo, cuanto que amando á Dios, deseaba que viniese en figura humana para dar desahogo á las

aspiraciones de su corazón. No trataré aquí de probar, lo que es imposible, cuanto fué el amor de la Santísima Virgen hácia Dios. Si para tamaña empresa quedó deslumbrada la mente de los Padres y cayó la pluma de la mano de los Doctores, ¿qué podría hacer yo, que no tengo la sublimidad de su ingenio, ni la profundidad de sus conocimientos? Pues bien, hermanos míos; si este amor era sumo, suma debía ser igualmente su solicitud, y, por consiguiente, suma la alegría de experimentarlo cabal con el nacimiento de Jesús. Ya aquel Dios, alrededor de cuyo trono ruge la tempestad y se agita el rayo; el Altísimo, que sentado sobre los querubines habita en una luz inaccesible; aquel Antiguo de los días, debajo del cual corre el torrente de los siglos, se ha hecho hombre. ¿María le estrechará, pues, suavemente en su regazo? ¿Le imprimirá en el rostro tiernos besos? ¿Le llamará con el dulce nombre de hijo?

Además, era tan hermoso Jesús, brillaban en su rostro de tal manera los rayos de su divinidad, y despedía de sus ojos una gracia tan atractiva, que habría movido aún á los hombres más bárbaros á sentimientos de reverencia y de afecto. Era éburnea aquella frente, rosadas aquellas mejillas, de carmin aquellos lábios; y tan hermoso era aquel semblante y tan delicado aquel cuerpecito, que no se podía ménos de amarle. Así, pues, ¿quién puede explicar cuánta fué la alegría de María estrechando entre sus brazos al amable Niño, cuando le alimentaba, ó le contemplaba dormido en la cuna, ó envolvía sus miembros en limpios pañales? ¡Ah! goza, oh María, de tanta dicha, pues, mientras los Profetas de Dios suspiraron por la aurora de estos días, y las milicias celestiales entonando con arpa de oro el himno de la gloria y de la paz, adoran al Hombre Dios, Tú sola le acaricias, le besas, le abrazas, le llamas hijo! María, dice San Amadeo, cubría con sus ojos al Verbo de vida, sostenía con sus manos á Aquel que con su diestra sostiene el Cielo y la tierra, calentaba con su aliento á Aquel que dá calor y vida á todas las cosas, llevaba á Aquel que sostiene con su mano el Universo, y alimentaba al que alimenta con sus dones á todas las criaturas. De sus lábios pendía la sabiduría eterna del Padre, en sus hombros se apoyaba Aquel que mueve todos los séres con su virtud, en sus brazos y en su regazo reposaba el Reposo eterno de las almas bienaventuradas.

Y añadid, hermanos míos, que esta alegría de María por el nacimiento de Jesús, ya tan grande de sí misma, fué mayor todavía cuando en la cuna de su Hijo vió correr á los Pastores llamados por un ángel, y á los Magos guiados por una estrella.

Todo cuanto había acaecido en el nacimiento de Jesús, descubría en Él al hombre, y al hombre más pobre y miserable de los hombres. Llegado á su término el tiempo del parto de la Virgen tras largo viaje, y en el pueblo de Belén, estando las posadas llenas de gente, que no pudieron acoger por una noche á María y á José, la necesidad que obliga al Niño que ha de nacer, á no tener más casa que una cueva, ni más cuna que un establo, son cosas ciertamente que manifiestan en Jesús al hombre en su humildad, en su miseria y pobreza. Mas hé aquí desarrollarse á los ojos de María una escena completamente diferente. La cueva de Belén se convierte en un palacio real, las ruinosas piedras de aquella gruta brillan con una luz de Paraiso, y lo que los Césares no hubieran podido lograr con todo su poder, lo obtiene ese pobre Niño, esto es, los cánticos de los ángeles, el homenaje del Cielo. Y así era muy conveniente que en el nacimiento del Salvador, la familia superior de Dios se uniese á la inferior: los ángeles llaman á los pastores y la estrella á los Magos. ¿Cuál sería tu gozo, oh María, cuando viste á tu Hijo reconocido y adorado de esa suerte? ¿Qué consuelo inundaría tu corazón al considerar que Jesús, si bien en un estado el más humilde, empezaba á revelarse á las almas sencillas? ¿Qué dulces transportes no debió experimentar tu alma, cuando tales acontecimientos manifestaban ya en aquel Niño, nacido de tus entrañas, al Hombre-Dios? Mas, permítidme, hermanos míos, que enmudezca acerca de este punto, porque si el Evangelio dice, que María conservaba todas estas cosas en su corazón, sería orgullosa presunción mía tratar de penetrar en el arcano de aquellas alegrías divinas.

Es verdad que estas alegrías fueron oscurecidas por la persecucion de Herodes y por la huida á Egipto; pero lo es, igualmente, que fueron causa de otras alegrías al llegar María al término de su viaje. Ella consideraba que había podido librar á su Hijo de la ferocidad de un poderoso, en quien la crueldad se había convertido en una segunda naturaleza; y como que el recuerdo de un peligro que se ha vencido, infunde siempre un suave consuelo en el ánimo de aquel que tuvo valor para superarlo, cuanto mayor había sido el peligro en la presurosa huida de Belén á Egipto, tanto más debía consolarse el ánimo de María. Ella veía que Jesús, por más que hubiese podido anonadar á Herodes, ó refugiarse con Juan su primo y con Elisabeth su parienta, la cual habría compartido con María el honor de servirle y asistirle, no había querido más asilo que sus brazos, otra mesa que sus pechos, ni otra compañía que la suya. Ella veía que,

aunque sufría mucho á causa de aquel Niño, Él no la dejaba sin fuerzas, sin consuelos y alegrías; que trocaba sus temores y cuidados en bendiciones divinas; y que los besos, los abrazos, las miradas y las sonrisas, con que correspondía tiernamente á sus sonrisas, á sus miradas, á sus caricias y á sus besos, eran otras tantas fuentes que derramaban en su corazón las aguas de la alegría y del consuelo.

Mas, si en aquel tiempo con su solicitud consiguió librar á su Jesús de la rabia de Herodes, también llegó muy presto el día en que le perdió. ¿Cuál no fué su alegría al encontrarle de nuevo? Le halló disputando con los Doctores con tanta elocuencia, sencillez y sublimidad, que toda la asombrada asamblea quedó estupefacta; le oyó, según la comun opinion, preguntar á aquellos sábios sobre el Mesías y las profecías que determinaban la hora de su nacimiento, para obligarles á confesar, que su venida había tenido efecto; le oyó hablar con tal acierto, que los circunstantes quedaban pasmados de la sabiduría y respuestas del Niño. De ahí es, que María empezó á ver resplandecer en Jesús los rayos hasta entónces ocultos de su divinidad; empezó viéndole más que hombre, y enseñar doctrinas celestiales, atraer los demás hombres á su voz, y mostrarse la verdadera luz de Israel. Pues bien; si una madre cualquiera por amor á su hijo se goza sobremanera cuando le ve captarse la pública estimacion, ¿qué debemos decir de María en este encuentro? Sin duda aquellas celestiales chispas, que salían de los labios, de los ojos, de la frente y de toda la persona de Jesús, con el doble atractivo de la sabiduría y de la infancia, de la candidez y de la profundidad, de la divinidad y de la debilidad, no podían ménos de serle nuevos motivos de alegría.

Y ahora, hermanos míos, paso en silencio las otras alegrías de María que siguieron á la que acabo de referir, como el haber estado tanto tiempo al lado de Jesús, el haber visto los milagros y oído las alabanzas que le tributaba la admirada muchedumbre. Eran sin duda preciosos aquellos gozós, pero eran, de vez en cuando, turbados por la consideracion de los dolores que debían traspasarle el corazón en el tiempo de la vaticinada y próxima pasion. Por lo tanto, os invito á dirigir vuestros pensamientos en una alegría, que fué toda alegría para María; me refiero al sumo gozo que le llenó el alma en el día de la Resurreccion del Salvador.

Jesucristo resucitó. Así como de negra nube sale el relámpago, del propio modo, derramando torrentes de luz, salió Jesús del sepulcro. Un repentino terremoto estremeció la falda del monte sagrado, los guardias que custodiaban el sepulcro cayeron de espanto, un

ángel cuyo traje era más cándido que la nieve, sentóse sobre el arruinado monumento, y las piadosas mujeres, que se disponían á unguir con bálsamos aromáticos aquel venerado cadáver, oyeron que había resucitado. Así pues, este prodigio tan bello, extraordinario, sorprendente y divino, ¿cuánto gozo no debió infundir en el alma de María? Su Hijo, que había nacido en medio de la escasez, que había crecido en la oscuridad, y espirado en la ignominia, hecho inaccesible á la corrupcion, saca del sepulcro una gloria sin igual; y cuando parecía víctima de la muerte, resucita, vencida y sujeta la muerte bajo sus sagrados piés. Su amado, que apareció como la humilde vara de Jesé, y contra el cual se desencadenó tanta furia, que fué el hombre de los dolores y de las maldiciones, ahora, más hermoso por las mismas penas sufridas, se adelanta con paso majestuoso; y mientras que los Príncipes de Judá se felicitaban, creyendo haberle envuelto en sus tenebrosas conjuraciones, aparece, mostrando que las furias, el ódio y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para acrecentar sus glorias. Su Jesús, que fué perseguido como un malhechor, maldito como un ladron, y muerto en el patíbulo como un asesino; ahora, tomada de nuevo la vestidura de hombre con que padeció y murió, resucita impasible é inmortal; y en el instante en que el Infierno se gozaba, imaginándose haber triunfado, se manifiesta glorioso é invencible domador del Infierno mismo. ¡Ah! Decid, si os es posible, qué lisonjeros afectos y santa alegría inundarian el alma de María!

Cierto que el Evangelio nada refiere de apariciones del resucitado Jesús á la Santísima Virgen: al relatar las que hizo á la Magdalena, á los Apóstoles y á los discípulos de Emaús, unas veces en figura de hortelano, otras de peregrino, ó de viajero, ni una palabra nos dice acerca de las hechas á María. Este silencio, en vez de debilitar, corrobora nuestro argumento. ¿Y qué necesidad había de referir estas apariciones? ¿Puede haber la menor duda, de que un hijo tan amado se presentaría primero á una madre tan amante? ¿Era posible que Jesús hubiese querido privar de este gozo á su amantísima Madre? No, no era posible; y el mismo silencio de los Evangelistas prueba, que un hecho natural no podía ménos de acontecer, y del cual hubiera sido en vano hablar. Diremos, pues, con San Antonino, que la primera persona que vió glorioso á Jesús fué María; añadiremos con San Agustín, que María fué la primera en gozarse de aquel rostro divino; y concluiremos con San Bernardo, que fué igualmente María la primera en contemplar el esplendor de Jesús vencedor de la muerte.

Esto sentado; ¿quién podrá figurarse el consuelo de esta Madre cuando se le apareció su Hijo tan radiante y glorioso? ¿quién podrá expresar cuánta fué su alegría en aquellos momentos? ¡Ah! Así como la mente humana no tiene conceptos, ni lengua humana palabras para describir ó expresar los dolores de María en la muerte de Jesús, tampoco ninguna mente ni lengua humana puede tener palabras para expresar su alegría, al ver gloriosamente resucitado á Jesús, crucificado ignominiosamente. Diremos tan solo, que así como otra vez María pudo repetir las palabras del melancólico Profeta, invitando á los pueblos á considerar si había dolor igual al suyo, tambien en la resurreccion de Jesús pudo repetir las de la mujer del Evangelio, cuando habiendo encontrado el dracma que había perdido, llamaba á fiesta á toda la vecindad.

Mas hé aquí otra alegría por María. Trás la lucha y la victoria viene el triunfo; y Jesucristo, despues de la sufrida pasion, saliendo del sepulcro victorioso de la muerte, del pecado y del Infierno, sube á los Cielos. Le envuelve una nube que le oculta á toda humana mirada, un ejército de ángeles le acompaña por las regiones aéreas, ábrense de par en par las cerradas puertas de los eternos tabernáculos, y Él, glorioso, impasible é inmortal, se sienta á la diestra del Eterno Padre. Se regocijó Ezequiel, cuando con profético ingenio contempló estas glorias; se alegró Isaías, cuando vió resplandecer de luz á aquel hombre de dolores que había predicho; no cabía de contento David, cuando invitaba á las gerarquias angélicas á saludar con himnos de júbilo la aurora de este día; deducid de ahí, hermanos míos, cual sería el consuelo de María. Ella amaba á Jesús más que á sí misma, y anteponiendo la gloria de Él á sus gozos, no solo no experimentó dolor alguno por esta separacion, sino que más bien se sintió inundada de indecible gozo.

Es verdad que María hubiera querido acompañar al Hijo en su Ascension y volar en su compañía al Paraiso; pero como no convenia que desde los primeros días la Iglesia quedase huérfana de Padre, que era Jesús, y de Madre, que era María, sin haber sido fortalecida ántes por el septiforme Espíritu de la salvacion; por eso se quedó á cumplir el deber que se le impusiera, desde el instante que en el Calvario fué llamada para esta segunda maternidad.

Llegó por fin el tan suspirado día, y hé aquí que al soplo de un impetuoso viento se dilatan misteriosamente las nubes, arde el aire de celestial fuego, y desprendiéndose de lo alto llamas divinas descienden sobre el Cenáculo donde estaban congregados los Apóstoles.

Al estruendo de aquel sonido, que á manera de torbellino invadió la mansion del sagrado retiro, los Apóstoles se conmueven, y en medio de la inesperada maravilla de sus corazones enardecidos por aquellas llamas de vivo fuego, se sienten transformados de débiles pescadores en héroes esforzadísimos. Ébrios de la virtud que habían recibido de lo alto, salen al pueblo, hablan diversas lenguas, conmueven, persuaden, convierten, y dán fausto principio á la obra de la mision evangélica.

En compañía de los Apóstoles estaba María. Entregada á la oracion, había rogado tambien á su divino Esposo, aguardando el prometido consuelo; tambien Ella percibió las llamas que fueron á posarse sobre los asistentes; y por lo mismo que deseaba la gloria de Jesús y la propagación del Cristianismo, cuando vió que los Apóstoles estaban llenos de aquel celestial valor, y que las gentes se agrupaban alrededor de la Cruz, ¿acaso no tuvo motivos de alegría?

Se alegró, porque ya descubría como ríos de abundantes bendiciones bañaban el vasto desierto y la árida tierra, y que el Espíritu del Señor vibraba rayos de nueva luz para desvanecer las antiguas tinieblas, y que despertaban la virtud lenguas de encendido fuego. Con su profética mirada veía caer por tierra delante del Evangelio el orgullo de los Césares, la vanidad de los filósofos, la elocuencia de los oradores y la política de los gobernantes; y á la Iglesia extender sus pabellones para ácoger á las innumerables naciones que entraban en su seno. El predicho grano de mostaza se había convertido en árbol, y extendía sus ramas en las cuales los pájaros iban á poner su nido; la profetizada levadura fermentaba y hacía multiplicar toda la masa de harina; y el pequeño rebaño se extendía en dilatado reino.

A las alegrías de María solo le faltaba la del Paraíso. Así como la llama se dirige siempre hácia su centro, ó el sediento ciervo se lanza á las aguas de cristalina fuente, tambien la Santísima Virgen suspiraba para el Cielo. Su vida no se componía más que de arrobamientos y de éxtasis, y contaba, permitidme, hermanos míos, que me exprese así, contaba las horas y los instantes para volar á los magníficos tabernáculos celestiales. ¿Acaso podía negarse á María esta otra alegría como cumplimiento de todas las demás? Si la Madre y el Hijo formaban una íntima union, no era conveniente que el uno estuviese en el Cielo y la otra permaneciese en la tierra. Si María, dice San Agustín, es el precioso tesoro de Cristo, debía encontrarse donde se hallaba su dueño. La que fué asilo del peregrino, debía ser la morada del monarca; la que fué tabernáculo de Aquel que vino á

luchar en la tierra, debía ser el sόlio de aquel que triunfa en los Cielos; la que fué tálamo del esposo encarnado, debía ser el trono del Rey coronado. Hé aquí nuevos gozos y nuevas alegrías por María. No bastan ya para aquel corazon los recibidos consuelos: nuevas alegrías le aguardan en el Paraíso; y Ella se lanza á gozarlas... Pero ¿qué pretendo yo ahora? No, no es dado á la lengua humana hablar de estas cosas; y vosotros permitidme, hermanos míos, que enmudezca y me limite á decir, que María puede saludarse verdaderamente con el nombre de Nuestra Señora de las Alegrías.